

ENCUENTRO DE RECTORES

Señores:

Hace aproximadamente año y medio la Universidad Católica, por mandato de la ley, convocó a los señores rectores de las universidades particulares del país con el fin de elegir a la persona que nos representaría en el Consejo Nacional de la Magistratura. Fue aquella una ocasión singular no sólo por el motivo que generó la reunión sino también porque sucedió un hecho que, debemos confesarlo, no es frecuente en nuestro medio. A la hora que se había señalado y en la primera citación, con asistencia plena se inició la reunión que transcurrió en perfecta armonía y con rápido y satisfactorio resultado. En esa oportunidad, más de uno de los señores rectores presentes sugirió la conveniencia de organizar más adelante otras reuniones, ya no porque la ley lo exigiera, sino más bien atendiendo a la necesidad de dialogar en un clima de cordialidad y entendimiento sobre los múltiples desafíos que enfrenta la Universidad Peruana. No se trataba ciertamente de sustituirnos al organismo que institucionalmente nos agrupa y que viene trabajando de modo encomiable en ofrecer orden, racionalidad y estímulo a todos nosotros. Lo que se insinuó más bien fue la apertura de un horizonte menos formal en el que, pensando en alta voz, pudiéramos conocernos mejor, presentar nuestros problemas comunes y reforzar las relaciones que de algún modo ya se habían establecido entre nosotros, gracias precisamente a ese foro que es la Asamblea Nacional de Rectores. Recuerdo que frente a aquellos deseos, quien les habla, en nombre de la Pontificia Universidad Católica del Perú, sin asumir formalmente compromisos, adelantó su intención de hacer realidad esas

aspiraciones. Hoy, esa intención halla cumplimiento y complacido les transmito la más cordial bienvenida a este Encuentro que mi Universidad organiza, cumpliendo de tal manera una tácita promesa.

Conozco directamente las urgencias del diario quehacer y la multiplicidad de tareas que debe cumplir un Rector para asumir con responsabilidad la importante misión de trazar las líneas maestras de conducción de la institución que debe liderar, de allí que a mis palabras de bienvenida deben sumarse las del agradecimiento, por el esfuerzo que han desplegado para estar hoy aquí.

Difícilmente podemos olvidar la importante contribución que la Universidad ha ofrecido al país en el curso de su historia. En este largo período se han acumulado grandes aportes que cubren tanto las ciencias y las humanidades, como el crecimiento tecnológico y el desarrollo institucional, económico y político. Hay también que reconocer -hecho frente al cual ninguna actividad humana se halla ajena- desaciertos y omisiones. En todo caso, esta conciencia crítica, lo sabemos muy bien, surge de un compromiso con el ser mismo de la Universidad, del cual no podemos claudicar y que nos exige estar permanentemente atentos a las demandas de nuestros días, para poder proponer y, por qué no, desarrollar soluciones originales a los problemas que se nos plantean.

Una sociedad no se agota en la simple reunión de individuos. Ella, surge más bien, como la integración articulada de muchos grupos, grandes y pequeños, que deben conciliar sus diferencias y hacer converger sus intereses a fin de conseguir juntos propósitos más elevados; esta conciliación sólo puede garantizarse y adquirir pleno valor a través del respeto celoso de las peculiaridades. Por ello, se hace necesario

reconocer el realce que últimamente se ha dado al tema regional, cuya significación hemos recogido en esta convocatoria. La globalización de la cultura no se sustrae sino que, por el contrario, se alimenta de la heterogeneidad y de la mutua comprensión. Consecuentemente, el concepto que actualmente se maneja de región ya no es el de una entidad aislada y reticente al intercambio a la cual, de manera sutilmente paternalista, hay que proteger de la enajenación. Hoy se comprende que sus singularidades y sus maneras diferentes de adaptarse a un medio propio constituyen la riqueza más valiosa que hace posible su auténtico aporte al mundo moderno. Por ello cabe rescatar, matizando allí donde sea necesario, la intuición de algunos de nuestros intelectuales de principios de siglo quienes, desde diversas perspectivas ideológicas, señalaban ya la riqueza del rostro heterogéneo del Perú.

Ahora bien, la relación entre la institución universitaria y la comunidad dentro de la cual se desarrolla no es ninguna novedad y hasta podría argumentarse que describe una situación evidente y necesaria, pues ninguna institución puede surgir de manera independiente o autárquica. Todos los aquí presentes sabemos bien que cada una de nuestras Universidades posee una historia que nos remite al entorno más cercano así como también una misión que nos asigna un papel promotor en nuestras respectivas regiones.

Hasta aquí, no parece haber mayores razones para el esfuerzo que ha significado esta reunión, pues no he hecho más que configurar brevemente este cuadro de interacción del cual, como autoridades, no hemos dejado de estar conscientes.

Empero, podemos y debemos ir más lejos. Dotando de un sentido menos retórico y más realista al encuentro, y acompañando la inevitable reflexión sobre nuestra naturaleza y destino de la percepción de aquello que somos y la conciencia de lo que debemos ser y hacer, pienso tendríamos que comenzar a diseñar estrategias concretas que hagan posible la colaboración entre nosotros, en función de proyectos e intereses comunes. Ello, a la postre, significará el efectivo cumplimiento de las exigencias que nos demandan no sólo las áreas en que debemos ejercer influencia sino el país entero.

Ahora bien, eso será posible si participamos todos de una misma idea sobre lo que es la Universidad peruana. Ella, pienso, no ha de ser entendida como una organización limitada a la satisfacción de un servicio educativo constreñido a la certificación de profesionales; es, original y esencialmente, una reserva crítica de reflexión científica, humana y -por qué no insistir en ello- moral, comprometida con el desarrollo ético cultural, social y económico de nuestro país. Su valor puede sintetizarse en aquella categoría que las ciencias de la comunicación han acogido y reinterpretado bajo el término de “institución”, cuyo concepto, tradicionalmente consagrado, es ahora repensado para superar algunas paradojas de la gestión meramente empresarial. Fundamentar el carácter institucional de la Universidad no es un mero alarde expresivo; constituye más bien una invitación a entenderla como un cuerpo con organicidad y fuerza, y que está ligado con una tradición y una meta. La memoria de sí mismas como raíz que las sostiene y el modelar sus acciones atendiendo al conjunto de valores que las justifica, van configurando a las distintas universidades como instituciones que conforman una entidad unitaria, pues responden todas a una misma esencia, sin renunciar a su propio carácter. Lo diverso en

lo unitario surgirá justamente del entorno diferente en el cual debe desplegarse una misma voluntad de servicio. De allí la urgencia de que, sobre bases comunes, nos propongamos una percepción realista de nosotros-con-los-otros, que invite, a través de una esforzada labor, a un enriquecimiento recíproco de la Universidad y de su medio circundante.

En el Perú, las universidades se han ganado en el pasado el reconocimiento que las acredita como entidades significativas en la conciencia regional y nacional. Empero, la gran pregunta que nos debemos plantear es si estos logros, en la hora actual son suficientes. Me temo que una respuesta honesta a esta inquietud debería hacernos meditar: quizás nos hayamos dejado vencer, en más circunstancias que las deseables, por nuestros menudos problemas, limitándonos así a ser organismos expectantes, si no pasivos, de todo aquello que no acaeciera al interior de nuestros recintos. Quizás hemos renunciado muy fácil y rápidamente al deber y al privilegio de buscar nuevos horizontes, de mirar lejos, de entregar a la sociedad los elementos que debemos manejar con más soltura en los terrenos del conocimiento y la acción, negándonos de tal suerte a participar de modo preponderante en el diálogo eficaz que refuerce el crecimiento del país. De ser ello cierto debemos concluir que tenemos algunas deudas por pagar y un difícil camino por recorrer.

El Encuentro de Rectores organizado por la Pontificia Universidad Católica del Perú que hoy se inicia, no desea ser otra cosa que un diálogo franco y cordial, sobre estos temas entre quienes enfrentamos el peso de dirigir diversas comunidades universitarias. Este cambio de ideas deberá reforzarnos en nuestras convicciones que exigen una mayor apertura de la universidad a la sociedad y al país. En concordancia con

nuestra propia naturaleza -que no es la de reducirnos a la condición de empresas lucrativas- esa apertura no deberá soslayar las notas que nos definen como privilegiados lugares del saber en los que se fomente la excelencia académica a través de la formación integral y la investigación científica de alto nivel, mas tampoco podrá ser miope frente a la necesidad de la eficacia y de la buena gerencia, elementos indispensables para hacer viable no importa qué institución. A fin de iniciar este Encuentro, contamos con la ilustrada participación del doctor Angel Muga, Director de Convenios de la Pontificia Universidad Católica de Chile y Consultor de Cinda. Su experiencia sin duda alguna nos ayudará a comprender los alcances de nuestras propias potencialidades y constituirá una seductora invitación para que, explorando nuevos caminos, intentemos un acercamiento eficaz e inteligente a la sociedad que espera tanto de nosotros. Para él nuestra comprometida gratitud.

Amigos, colegas:

Compartimos un buen número de objetivos y enfrentamos limitaciones y dificultades similares; por ello debemos llevar nuestra atención a la posibilidad de generar medios para complementarnos y hacer realidad proyectos de largo alcance. Requerimos de soluciones imaginativas, sin que nos limite el temor a ser audaces.

Deseamos sinceramente que éste sea el inicio de una conversación entre pares, abierta y sincera, la cual, por cierto, no debe restringirse al tema que hemos propuesto. Habremos logrado un diálogo fructífero si el tema "Universidad y desarrollo regional" nos conduce hacia nuevas cuestiones que contemplen los desafíos que nuestros días nos imponen

y así comencemos a transitar por los caminos de la convergencia de esfuerzos y capacidades permitiendo que hagamos nuestro el sentir del poeta cuando, refiriéndose al Perú, señala que él es nuestro país, porque si tuviéramos que hacerlo, lo elegiríamos de nuevo para construir en él todos nuestros sueños.

Con fundadas esperanzas en los resultados positivos que arroje nuestra reunión, me es grato declarar inaugurado este Encuentro de Rectores

Lima, 30 de Mayo de 1996

Salomón Lerner Febres

Rector